

■ 1938

5 de enero: nace en la clínica Anglo Americana de Roma don Juan Carlos, hijo primogénito de don Juan de Borbón y Battenberg y doña María de las Mercedes de Borbón y Orleans y nieto de Alfonso XIII, el anterior Rey de España, en el exilio. Es bautizado por el cardenal Eugenio Pacelli, posterior Pío XII.



■ 1947

6 de julio: Es refrendada la ley de Sucesión por un 92% de los votos. Confirmaba a Franco como jefe del Estado, establecía su derecho a designar a su sucesor y afirmaba que España, como unidad política, era un Estado católico, social y representativo, que, de acuerdo con su tradición, se declaraba constituido en Reino.



■ 1948

28 de agosto: entrevista de Franco con don Juan en el Azor sobre la conveniencia de que don Juan Carlos se eduque en España.
9 de noviembre: Llegada de don Juan Carlos a Madrid. Se instala en Las Jarillas, una finca próxima a Madrid cedida por Alfonso Urquijo, para preparar su examen de ingreso en el Bachillerato.



Entrevista entre Franco y don Juan de Borbón a bordo del Azor, en agosto de 1948, para discutir la conveniencia de que don Juan Carlos se eduque en España. / EFE

La larga marcha de don Juan Carlos

SANTOS JULIÁ

Diez momentos clave en el complicado camino que llevó al trono al hijo de don Juan de Borbón y que lo convirtieron en monarca constitucional tras cuatro décadas de dictadura

1 EL DILEMA DE DON JUAN

En enero de 1939, cuando el ejército de Franco avanzaba por Cataluña, al príncipe de Asturias un problema le inquietaba: tenía motivos para pensar que el primer ministro británico, Chamberlain, había sugerido a Mussolini que él, don Juan, debía ofrecerse

para mediar en la guerra civil. Su familia había oído que de eso se hablaba en Inglaterra y él pensaba que eso le hacía mucho daño en España. Intentar una mediación siempre sería un error, pero quedaba fuera de lugar en medio de una ofensiva de Franco que marchaba realmente muy bien. El diplomático británico a quien confesaba sus inquietudes le tranquilizó asegurándole que tal iniciativa nunca se le había pasado por la cabeza a Chamberlain.

Cuando se apresuró a cortar los rumores sobre una hipotética mediación, don Juan sabía que

cualquier equidistancia entre vencedores y vencidos podría liquidar la perspectiva de restaurar la Monarquía en España. Como tantos monárquicos que habían apoyado la rebelión militar contra la República, estaba convencido de que Franco procedería a esa restauración más bien pronto que tarde. Sus expectativas comenzaron a tambalearse cuando comprendió que Franco estaba allí para quedarse, que no se iría si alguien no lo echaba y que sólo podrían echarlo los aliados cuando vencieran a Alemania. De modo que cuando iniciaron sus ofensivas invitó a Franco a marcharse y proclamó la insolidaridad de la Monarquía con "el Estado Falangista". Creía que los aliados empujarían a Franco fuera de la escena.

No hubo tal cosa. Los aliados firmaron unos papeles, llamaron a los embajadores, cerraron las fronteras, pero no echaron a Franco. Desde ese momento, sabiendo que Falange le despreciaba, que el ejército obedecería a Franco y que los obispos habían llamado a "asistir con plena confianza a quien dirige los destinos del país", don Juan recogió velas, protestó por la Ley de Sucesión, que dejaba al arbitrio de Franco designar como sucesor a un indeterminado varón de estirpe regia, pero negó cualquier fundamento a la acusación "de no estar identificado con el Movimiento Nacional". Aceptando que Franco era depositario de todos los poderes estatales, lo más que pudo sugerirle fue que se pusieran ambos "de acuerdo para preparar un régimen estable".

2 LA LLEGADA DE JUANITO

Para negociar este acuerdo, don Juan no poseía más que el derecho al trono heredado del ex rey Alfonso XIII, un título que Franco no reconocía y que la diplomacia internacional, la de Estados Unidos ya en primerísimo lugar, reducía a una pretensión: *the Spanish Pretender* era la fórmula empleada para referirse a él en la correspondencia diplomática. Sin capital de valor reconocido por la otra parte, nada quedaba, excepto ser padre de un niño, nacido en Roma, el 5 de enero de 1938, que tal vez algún día sería rey. Don Juan no tuvo más remedio que negociar con Franco el futuro de su hijo, poniendo esa carta, su única carta, encima de la mesa: confiar su educación a Franco a cambio del reconocimiento de sus derechos.

Franco y don Juan se vieron las caras por vez primera el 25 de agosto de 1948. Hablaron, como hablarán siempre, de lo que Franco quiso, consumado maestro como era en el arte de no hablar, de responder con otra cosa, con la pesca, con la guerra de África. Y de lo que Franco no habló, desde luego, fue de restauración monárquica, pero tampoco del reconocimiento de los derechos de Juan

de Borbón al trono. La Ley de Sucesión había aclarado el asunto y nada tenía Franco que añadir, muchos menos que conceder: sería rey quien él dispusiera. Si don Juan quería que su hijo se educara en España, bienvenido sería el niño. Pero, ninguna concesión a cambio: Juanito vendría a España, recibiría la educación apropiada y eso sería todo.

Desolado, don Juan pensó que mejor educaba al niño en Suiza y allí lo envió por ver si Franco se inmutaba. Pero a no inmutarse era a lo que Franco estaba acostumbrado desde su juventud. No se inmutó tampoco esta vez. Y a don Juan no le quedó más remedio que llamar al niño de Suiza y enviarlo, con el curso escolar ya comenzado, y sin obtener nada a cambio, a España. Hacía frío aquella mañana en Madrid, un frío terrible, como recordará el rey Juan Carlos años después. Más aún que hambre, frío en toda España, no sólo en la explanada del monumento del Cerro de los Angeles, donde adustos preceptores hicieron leer a la criatura la fórmula utilizada por su abuelo para consagrar España al Sagrado Corazón de Jesús.

3 LA ESPERA DE JUAN CARLOS

Frijo del que quedaría pronto a resguardo, en Las Jarillas, donde el niño, enseguida llamado Juan Carlos, comenzó el aprendizaje de la espera cuidando de no arruinar sus opciones a la sucesión. Todo el problema consistía en reforzar una posición cuya fortaleza dependía en último término de Franco, que no ahorra iniciativas para dar a entender que había más de un varón de estirpe regia con posibilidades de ser designado sucesor. Mientras Juan Carlos proseguía su bachillerato en Miramar, Franco convenció a Jaime, hermano mayor de Juan, de la conveniencia de educar a su hijo Alfonso en España.

Se comprende que, en tales circunstancias, don Juan accediera a seguir el plan previsto por Franco. Cuando se encontraron por segunda vez, en diciembre de 1954, quedó acordado que Juan Carlos pasaría dos años en la Academia General Militar de Zaragoza, uno más en la naval de Marín y todavía otro en la base aérea de San Javier, antes de iniciar estudios universitarios. Cuatro años, tiempo suficiente para que el joven se familiarizara con la columna vertebral por antonomasia del régimen y para que aprendiera una lección definitiva: que en el Ejército las decisiones de Franco no se discutían, enseñanza que valdría lo que un talismán si finalmente Franco decidía que fuera él su sucesor.

Tiempo, además, en que comenzó a soportar la hostilidad de los medios oficiales, abucheado e insultado en algunas apariciones públicas. Fue por entonces cuando se extendió la consig-

1954

22 de junio: el Príncipe aprueba la reválida de bachillerato en el Instituto de San Isidro de Madrid. 29 de diciembre: reunión de Franco y don Juan en el Palacio de Las Cabezas, en Extremadura. Se trata en ella sobre la formación militar de don Juan Carlos.



1955

Ingresa en la Academia General Militar de Zaragoza.

1959

Diciembre: recibe los despachos de Teniente de Infantería, Alférez de Fragata y Teniente de Aviación. El Príncipe es oficial de los tres Ejércitos y concluye su formación militar.

1960

29 de marzo: tercera entrevista entre Franco y don Juan, en Las Cabezas, Extremadura, sobre la formación universitaria del Príncipe, que se instala en el Palacete del Infante de San Lorenzo de El Escorial para iniciar un programa de estudios monográficos de Derecho Político e Internacional, Economía y Hacienda Pública, preparado por la Universidad Complutense y la Universidad María Cristina de El Escorial.



na falangista que rezaba: "No queremos reyes idiotas". "Tuve que hacer el tonto durante veinte años", dijo, ya rey, a Santiago Carrillo. Pero fortalecer una posición en ese mundo requería algo más que hacerse el idiota. Requería lo que Juan Carlos siempre echaba de menos: un estatuto. Algo debía contribuir a conseguirlo el matrimonio: bautizos, bodas, entierros son las grandes ocasiones para que la realeza extienda su magia. Hubo, pues, boda en mayo de 1962, aunque lejos, en Grecia, con doña Sofía; una boda que Franco se cuidó de no "nacionalizar", como lamentaba don Juan. Pero no hubo reconocimiento como príncipe de Asturias, aunque llegarían luego los bautizos: de las infantas, primero; del infante, después. Y vino don Juan a Madrid, en febrero de 1968, y vino también Victoria Eugenia, que había sido reina y que conminó a Franco famosamente: "Ya tiene a tres donde elegir, general; elija usted de una vez".

Sí, ahora, Franco ya iba a elegir, abandonando la idea perversa que había confiado un día a Pemán: cuando llegue el momento, que se peleen los partidarios del padre con los del hijo. Elegiría él, pero no se lo diría a nadie. Quiso mostrar hasta el final que se trataba de una Monarquía electiva y que él era no el gran, sino el único elector; que no tenía atadas las manos por el sacrosanto principio hereditario. Pero no había prisas, ni siquiera ahora, que ya había nacido un niño llamado a ser lo que su padre nunca fue, príncipe de Asturias. La espera había sido larga, pero Franco quería todavía someter a su elegido a una prueba, una dura prueba, pues en ella iba envuelto un drama familiar.

4 'A NICE YOUNG FELLOW'

El día 1 de febrero de 1968, recién cumplidos los treinta años de su edad, Juan Carlos mantuvo una larga entrevista con el jefe del Estado. Hablaron de muchas cosas, del nombre que pensaba ponerle a su hijo, si Fernando o Felipe; del recibimiento que se dispensaría a la abuela; de la oportunidad o no de que Franco se encontrara de nuevo con don Juan. Quizá fue también en esta ocasión cuando Juan Carlos escuchó de Franco los consejos de ser leal a su padre y de actuar por su cuenta, una doble recomendación susceptible de bloquear las neuronas de alguien menos preparado por tantos años de espera.

El caso es que, dos meses después, Juan Carlos mantuvo una franca y muy abierta conversación con el embajador de Estados Unidos, Biddle Duke, que regresaba a su país. "Franco", le dijo, "daba consejos amistosos, pero no había manera de que tomase una decisión". Así que le había hecho saber con toda claridad

Pasa a la página siguiente

Informes de la Embajada de EE UU al Departamento de Estado sobre la sucesión

Texto de los documentos redactados en 1968 y 1969 por los representantes norteamericanos en Madrid, Angier Biddle Duke y Robert Hill, tras entrevistarse con don Juan Carlos

Memorándum de conversación

Participantes: Su Alteza Real el Príncipe Juan Carlos de Borbón
Embajador Duke
Lugar: Palacio de la Zarzuela, Madrid
Fecha: 28 marzo de 1968
El príncipe Juan Carlos me recibió solo en su residencia oficial, el palacio de la Zarzuela, aproximadamente a las 6 de la tarde, y conversamos unos cincuenta minutos. Después de intercambiar algunos comentarios personales, mencioné las otras visitas de despedida, y le comenté que había mantenido una conversación de media hora con el jefe del Estado.

El príncipe Juan Carlos aprovechó este comentario para decir que sus conversaciones con Franco también duraban casi siempre ese tiempo. Dijo que Franco lo trataba de manera paternal, dándole consejos amistosos, pero sin decirle nunca nada definitivo. Como consecuencia de ello, añadió Juan Carlos, nunca sabía realmente cuál era su exacta posición política. Por una parte, Franco le decía que fuese un hijo leal a su padre, pero por la otra, y más recientemente, le insistía en que Juan Carlos tenía ya 30 años, que dependía de él mismo y que si quería conseguir algo tendría que esforzarse para alcanzarlo.

Había respondido a Franco, continuó Juan Carlos, que si le dieran a elegir no tendría duda: su padre era el primero (en la línea de sucesión) y, por tanto, no seguiría el consejo de Franco de competir por el puesto.

Sin embargo, me explicó a continuación, no tendría por que haber necesariamente una opción o alternativa. Le había dicho a Franco, añadió, que correspondía al jefe del Estado resolver el problema sucesorio antes de morir, porque si no lo resolvía la Monarquía nunca volvería a España. Juan Carlos había urgido a Franco a cumplir su promesa en vida.

Juan Carlos me dijo que, en respuesta, Franco le había preguntado si, en el caso de ser elegido, aceptaría el puesto de sucesor. Juan Carlos había contestado que sí; que si Franco, el Consejo de Regencia, las Cortes, etcétera, lo querían a él, y si no había otra opción, aceptaría. Juan Carlos me recaló que creía

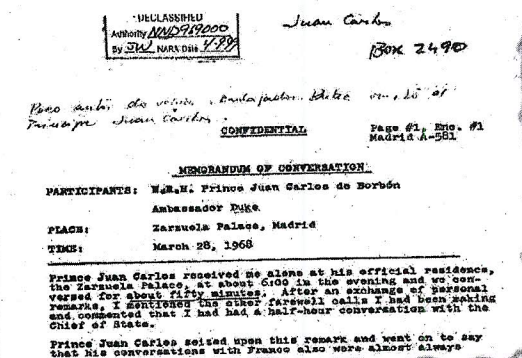
que en tales circunstancias su deber consistía en aceptar la llamada y que no podía rechazarla.

Juan Carlos siguió diciéndome que cuando su padre, don Juan, vino para el bautizo de Felipe, le había contado sus conversaciones respecto a este tema con Franco. Le había explicado a su padre que si le ofrecían la posibilidad de elegir, era una cosa, pero que si simplemente lo nombraban mediante un proceso constitucionalmente establecido, no veía otra alternativa que la de cumplir con su deber. Juan Carlos dijo que al principio su padre se quedó impresionado, después se puso triste y pensativo, y al final dijo que estaba de acuerdo en que si no había alternativa, Juan Carlos no debía rechazar la sucesión.

que aquellos con verdadera influencia tenderían probablemente a hacer lo indicado, es decir, llamar a don Juan al trono. Juan Carlos comentó que eso sería muy malo para el país. Su padre, dijo, estaba demasiado alejado de la realidad política española para captar realmente lo que estaba pasando. Dijo que mi evaluación podría ser correcta respecto a la probable inclinación de los líderes del Gobierno en el momento de la decisión pero, preguntó, ¿qué sucedería en las Cortes? Dijo que no estaba en absoluto seguro de que las Cortes estuvieran dispuestas a aceptar a su padre en el trono. Y reiteró este punto diciendo que



Angier Biddle Duke.



Portada del informe enviado por el embajador Duke al Departamento de Estado sobre don Juan Carlos.

Insistió en que su padre se había mostrado de acuerdo en que si lo rechazaba no era probable que España acudiese al padre, y la monarquía nunca volvería al país. Pero aunque estaba de acuerdo en este sentido, don Juan dijo que pensaba que lo más probable era que Franco no nombrase a Juan Carlos su sucesor. Juan Carlos dijo que su padre no creía, y obviamente esa creencia lo animaba, que Franco anunciase su decisión antes de morir.

En el transcurso de la conversación que mantuvimos sobre este tema, Juan Carlos me preguntó cómo pensaba que se desarrollaría la sucesión. Yo le dije que pensaba que si Franco muriese inesperadamente, sin solucionar los preparativos para la sucesión, habría un periodo de conmovión en el

quizá el Consejo de la Regencia, quizá el Consejo del Reino, estarían de acuerdo con don Juan, pero la reacción de las Cortes, insistió, era una cuestión muy amplia. Le pregunté si no pensaba que el Ejército, preocupado por el mantenimiento de la ley y el orden, presionaría para que se adoptase una solución rápida, limpia y decisiva; ¿no pensaba él también, pregunté, que con este impulso el Ejército se inclinaría por la solución indicada y legal?

Juan Carlos dijo que pensaba que esto era posible, pero después añadió que no estaba completamente seguro de que el Ejército, en un sentido colectivo, siguiera esa dirección. Algunos de los líderes de más edad tenderían, seguramente, a seguir ese curso, pero, añadió, el Ejército mismo estaba madurando.

Sin explicar esta observación, Juan Carlos prosiguió diciendo que esto desafortunadamente hacía más importante que Franco lo nombrase a él ahora, este año. Dijo que le había insistido mucho a Franco en que lo hiciera, que lo nombrase públicamente antes de que terminase el año. Franco, sin embargo, no se había comprometido; no había dicho que sí, explicó Juan Carlos; pero tampoco había dicho que no. El Príncipe dijo que piensa que es muy necesario que el propio Franco solucione este asunto, que Franco se presente ante las Cortes y anuncie que él, Juan Carlos, es su sucesor al trono.

Le pregunté en qué parte de la ecuación encajaba el puesto de presidente del Gobierno y la persona que lo ocuparía. Juan Carlos respondió que él y el vicepresidente, el almirante Luis Carrero Blanco, estaban de acuerdo en que sería mejor nombrar primero a un presidente del Gobierno, y nombrarlo pronto, ya que eso permitiría a Franco liberarse de cargas diarias como la agitación de los estudiantes y de los trabajadores. Obviamente, continuó Juan Carlos, sería mejor que Carrero Blanco fuese nombrado presidente antes de finales de abril, cuando se esperan nuevas manifestaciones de trabajadores, pero añadió que no veía ningún signo de que Franco fuese a tomar una decisión al respecto en un futuro próximo. En resumen, dijo, Franco debería nombrar a Carrero Blanco presidente del Gobierno ahora y en otoño anunciar que él, Juan Carlos, era el sucesor a la jefatura del Estado.

Le pregunté al Príncipe si creía que la mente de Franco pensaba en estas líneas. Juan Carlos dijo que sí lo creía, pero lamentaba las reservas de Franco para establecer fechas. Si Franco muriese sin nombrar sucesor a Juan Carlos, la monarquía se perdería, afirmó el príncipe. Comentó que su padre tenía cierta idea de convocar un referéndum popular para elegir sucesor, pero dijo que, obviamente, eso no funcionaría.

Con una referencia velada a lo que el Príncipe había dicho sobre los consejos que Franco le daba, le comenté que parecía salir más en las noticias ahora. Juan Carlos, aparentemente contradiciendo sus anteriores afirmaciones, confirmó que de hecho se estaba moviendo, yendo a donde lo invitaban y hablando con cualquiera. Dijo que recientemente cuatro militares de grado medio superior habían ido a hablar con él y, para sorpresa suya, habían manifestado una fuerte crítica respecto a Franco y el régimen, y se había visto obligado a pedirles que guardasen silencio. Juan Carlos dijo que el Ejército estaba muy descontento con la

Pasa a la página siguiente

